

# arauucaria

de Chile



1871 — 2021  
PLACE AU PEUPLE  
PLACE À  
LA COMMUNE



ERNESTO

# araucaria

de Chile



1871 - 2021  
PLACE AU PEUPLE  
PLACE À  
LA COMMUNE

Arce



# araucaria

de Chile

Nº 50 - 2021



Dedicado a los 150 años de la





Nº 50

ISBN: 978-956-00-1451-1

## sumario

**a los lectores** 5

### de los lectores

**Hernán Loyola**  
Recordando Araucaria (1978-1989) 9

### artículos

**Friedrich Engels**  
*La Guerra Civil de Francia*. Karl Marx.  
"Introducción" de 1891 13

**Hernán Loyola**  
Neruda y su *Discurso de Stockholm* 31

**Guillermo Scherping Villegas**  
Asignaturas pendientes de la  
Educación Pública 57

**Andrea Donadon-Leal**  
**J. B. Donadon-Leal**  
Paulo Freire e a prática da liberdade 65  
**Traducción: Denis Navarro**  
Paulo Freire y la práctica da la libertad 72

**Faiz Mashini Parada**  
Teatro El Riel. La fundación de un Teatro  
en plena dictadura 80

**Dario Oses**  
¡Neruda, Neruda, el pueblo te saluda! 95

**Julían Vadillo Muñoz**  
El inicio de la era revolucionaria.  
150 Aniversario de La Comuna de París 111

## entrevista

Raúl Bulnes Calderón

"Pablo Neruda es el más universal de los chilenos, es uno de los creadores más influyentes del siglo XX"

Por Daniela Pizarro

129

## literatura

Presentación

*La Poesía de Pablo Neruda a 50 años de la entrega del Nobel*

Por Isabel Gómez

147

## muestra poética

Carmen Berenguer

Eugenia Brito

Soledad Fariña

Pedro Lastra

Marina Arrate

Carlos Trujillo

Kemy Oyarzún

Raúl Zurita

Jorge Bocanera

151

153

155

156

159

160

162

164

165

## columnas de opinión

Eduardo Contreras

Democratizar las fuerzas armadas

171

Jorge Baradit

Tengo fe en Chile y su destino

174

Fernando Atria

Reconectarnos con la historia constitucional chilena como realización del principio democrático

176

## la comuna de París

Dossier

183

## equipo editor

Atilio Borón

Alejandro Del Río

Marta Friz

Jaime Lorca

Isabel Gómez

Raúl Zurita

## impresa por:

Imprenta LOM

## diseño

Rosana Espino

## agradecimientos

■ Ernest Pignon Ernest

■ Isabelle Abiven

■ Dominique Clerval

■ Gérard Blancheteau

■ Annie Gafforelli

■ Nathalie Madre

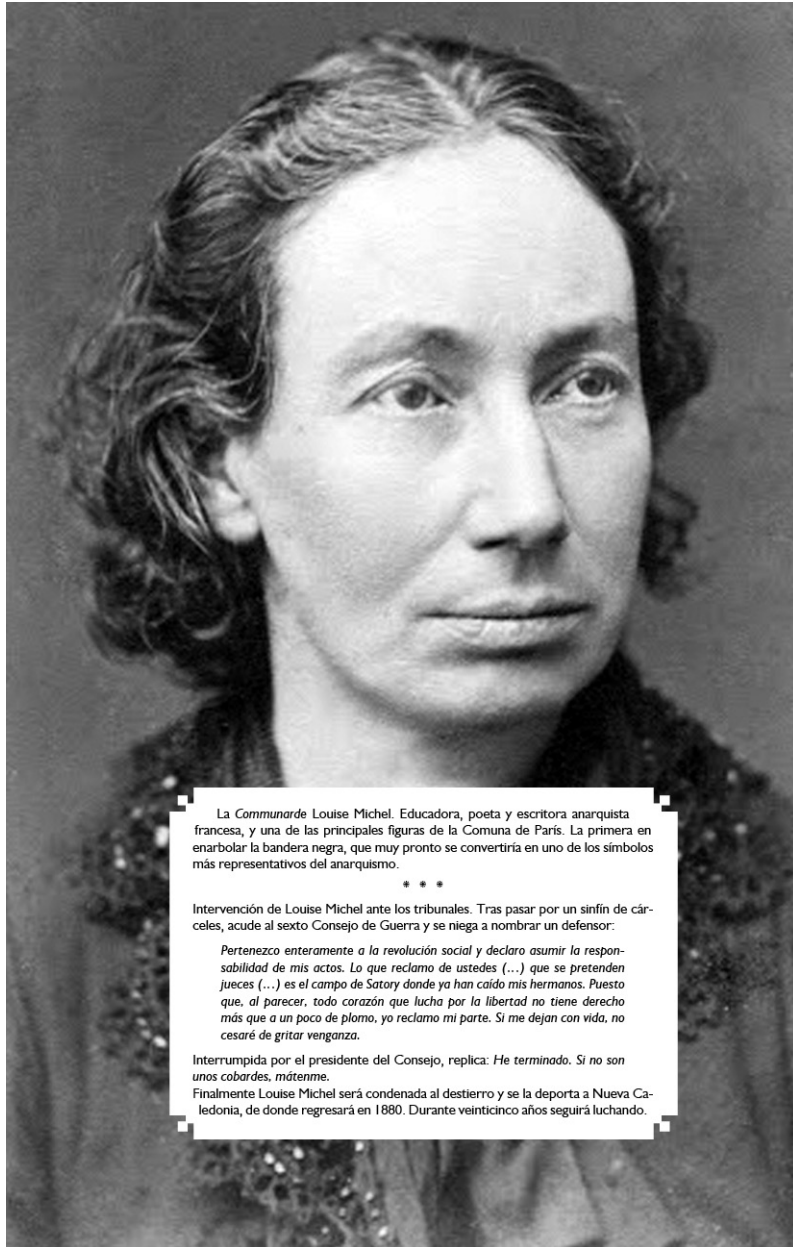
■ Centro de Formación Memoria y Futuro

■ Brigada de la Memoria

■ Sociedad de Escritores de Chile

■ Centro de Extensión e Investigación Luis Emilio Recabarren

■ *l' Humanité*



La *Commune*de Louise Michel. Educadora, poeta y escritora anarquista francesa, y una de las principales figuras de la Comuna de París. La primera en enarbolar la bandera negra, que muy pronto se convertiría en uno de los símbolos más representativos del anarquismo.

\* \* \*

Intervención de Louise Michel ante los tribunales. Tras pasar por un sinfín de cárceles, acude al sexto Consejo de Guerra y se niega a nombrar un defensor:

*Pertenezco enteramente a la revolución social y declaro asumir la responsabilidad de mis actos. Lo que reclamo de ustedes (...) que se pretenden jueces (...) es el campo de Satory donde ya han caído mis hermanos. Puesto que, al parecer, todo corazón que lucha por la libertad no tiene derecho más que a un poco de plomo, yo reclamo mi parte. Si me dejan con vida, no cesaré de gritar venganza.*

Interrumpida por el presidente del Consejo, replica: *He terminado. Si no son unos cobardes, mátenme.*

Finalmente Louise Michel será condenada al destierro y se la deporta a Nueva Caledonia, de donde regresará en 1880. Durante veinticinco años seguirá luchando.

## a los lectores

En nuestro país estamos viviendo tiempos históricos, ad portas de comenzar un debate constituyente que nos permitirá poner fin a la constitución de Pinochet que instaló en nuestro país el sistema neoliberal a ultranza. Se espera que este proceso abra la posibilidad de debates ciudadanos en donde el pueblo exprese sus expectativas en torno al diseño de un proyecto país distinto, diverso e integrador, en donde las y los trabajadores construyan espacios convocantes, para expresar todos aquellos tópicos que han estado silenciados por décadas y que no han encontrado asidero en una clase política que no ha estado a la altura de las nuevas exigencias, de un pueblo que comienza a dar paso a su legítimo derecho a ejercer soberanía.

Hoy se nos abre la posibilidad real de construir, entre todos y todas, un Chile inclusivo, diverso y pluralista. La revista Araucaria quiere estar a la altura de estos nuevos tiempos e invita a sus lectores a impregnarse de los contenidos que hemos seleccionado para este número.

Este año se cumplen 150 años de aquel hito histórico que significó para la humanidad la Comuna de París. Hemos querido como comité editorial resignificar esta fecha posesionándola en los nuevos escenarios, tanto nacionales como internacionales de lucha de nuestros pueblos por reconquistar sus alicaídas democracias.

Si nos remontamos al 18 de marzo de 1871, día en que los artesanos y los obreros tomaron el poder en la ciudad de París. A partir de esa fecha la Comuna de París captó la atención, tanto de las clases dominantes como de los sectores populares, quienes vieron en este hecho histórico un aliciente para impulsar futuras luchas, asociadas principalmente como “hija

espiritual” de la Internacional de trabajadores, alimentando las corrientes socialistas en diversos países, lo que también tuvo ecos en América Latina, por su potencia moral incuestionable, siendo saludada por las y los trabajadores de todo el mundo, quienes vieron en esta hazaña un primer intento heroico de gobierno obrero que les permitiría realizar la “emancipación económica del trabajo”. Sin duda, vieron en este hecho un motivo para reivindicar los derechos de las clases oprimidas, como también, las diversas experiencias políticas de resistencia al poder dominante.

Hoy en día los pueblos ven en la Comuna de París un referente, una forma de dar pie a sus legítimas demandas. En nuestro país hemos sido testigos de una revolución social, a partir del 18 de octubre del año 2019, hemos sido testigos de cómo un pueblo se vuelca a las calles en defensa de sus intereses de clase oprimida, sin obedecer a un poder central, más bien se trata de un poder horizontal, que no obedece a líderes reconocidos. Este hecho político se repite en varios países del orbe, las cuales vienen a dar cuerpo y forma a las protestas contemporáneas que nos hablan de un mundo globalizado que resignifica el sentido de la política y los nuevos escenarios de participación ciudadana.

Otro hecho histórico de gran relevancia este año es el aniversario número cincuenta de la fecha en la cual Pablo Neruda recibe el premio Nobel de Literatura, el joven Ricardo Neftalí Reyes Basoalto, hijo de obrero ferroviario, recibe el máximo galardón al cual puede acceder un escritor/ escritora por su oficio de escritor. Este hecho resignifica no solamente la literatura nacional sino que viene a posesionar la literatura de habla hispana, alzando la historia de los pueblos de América como un referente en pos de construir los imaginarios, sociales, culturales y académicos de nuestro continente.

Sin duda otro gran referente que se tomará el debate público y los procesos de reflexión ciudadana será el cambio a la constitución impuesta por la dictadura cívico militar. Hemos

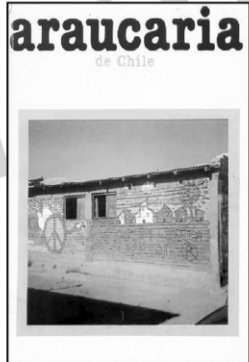
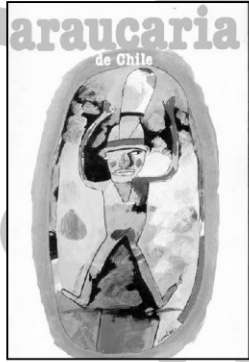
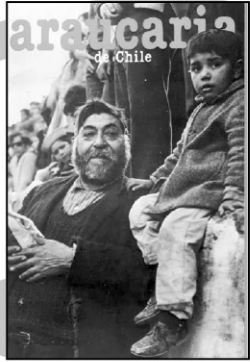
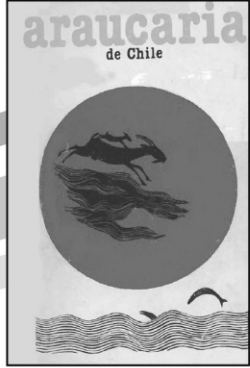


querido instalar aquellos temas que irán a la vanguardia de estos diálogos participativos, como por ejemplo la democratización de las fuerzas armadas, la fuerza del feminismo en los espacios de representación pública, la cultura vista como un derecho humano fundamental, entre otros.

Los invitamos a leer y ser parte significativa de esta nueva edición de la revista *Araucaria de Chile*, en su edición número cincuenta, agradeciendo a todos y todas quienes quisieron hacerse parte de este proyecto editorial.

*Equipo Editorial*  
Atilio Borón  
Alejandro Del Río  
Marta Friz  
Isabel Gómez  
Jaime Lorca  
Raúl Zurita





## de los lectores

### Recordando *Araucaria* (1978-1989)

HERNÁN LOYOLA

Viajé a Roma desde Sássari (donde vivía y vivo aún) durante aquel memorable mayo de 1977. Fui uno de los convocados a la reunión ampliada del Partido Comunista de Chile en Exilio, de la cual nació la mítica revista *Araucaria*, cuyo primer número apareció a comienzos de 1978 y el último, con el número 48, al cierre del año 1989.

Director de la revista, como se sabe, fue Volodia Teitelboim que entonces vivía en Moscú. Pero recordar *Araucaria* significa ante todo recordar a Carlos Orellana Riera, su editor efectivo a lo largo de toda su trayectoria. Y para mí significa recordar a uno de mis amigos más queridos, el chico Orellana, porque era pequeño de estatura, pero inmenso aunque subvalorado personaje de la historia cultural de Chile. Pocos saben que Carlos fue el primer editor moderno durante la segunda mitad del siglo XX chileno, sobre todo por su trayectoria de publicaciones que dirigió para la Editorial Universitaria y para la Universidad Técnica del Estado hasta 1973.

Carlos había nacido en Guatemala el 30 noviembre 1928 y siendo muy niño llegó a Chile. Fuimos compañeros en el curso 1948 de Pedagogía en Castellano de la Universidad de Chile, el mismo curso de Yerko Moretic, Cedomil Goic y Alicia Galaz Vivar. Su ejemplo me acercó al Partido Comunista de Chile. Y además caminábamos juntos los dos por calle Catedral, aquel mediodía, memorable para mí, en que topamos por

casualidad con nuestro profesor Juan Uribe Echevarría: fue la ocasión en que el profesor me convenció a ocuparme de la vida y obra de Pablo Neruda.

Carlos, que yo sepa, nunca ejerció como profesor de castellano, porque su verdadera vocación era la de editor. Y dentro de esa trayectoria su obra maestra y de mayor repercusión fueron los 48 números de la revista *Araucaria*, publicados en Madrid entre 1978 y 1989.

*Araucaria* apareció cuando estaba por cumplirse el quinto aniversario del golpe de 1973, vale decir, cuando las expectativas de una vuelta a la situación anterior a la intervención militar en Chile comenzaban a debilitarse. Pese a la condena internacional del golpe de Pinochet, la dictadura tendía a consolidar el triunfo de su violencia y los militantes de la resistencia clandestina sufrían nuevas pérdidas en el país, y también en el exterior (asesinatos del general Prats y Orlando Letelier), por lo cual el horizonte del destierro amenazaba extenderse mucho más allá del tiempo inicialmente previsto para los miles de chilenos exiliados a lo ancho de la geografía mundial.

En ese minuto de abatimiento y de inconfesado desánimo que los leves indicios y declaraciones triunfalistas no lograban ocultar, la aparición y circulación de *Araucaria* llegó como una ráfaga real y concreta de esperanza, como la manifestación tangible de que la batalla no aflojaba y que nadie se rendía. Pero sobre todo, y eso lo recuerdo personalmente muy bien, *Araucaria* fortaleció la conciencia de unidad internacional entre los exiliados y su ligamen con la batalla del interior. Algo difícil de expresar. La aparición y la continuidad regular de una revista bien impresa, casi elegante, y cuya consistencia y variedad de contenidos era evidente y atractiva a todo nivel, tanto en campo cultural como político, hizo renacer la confianza y la sensación de pertenencia a una comunidad real, y no a una simple suma de islotes repartidos en diversos territorios. *Araucaria* revitalizó a lo largo de diez años la comunidad

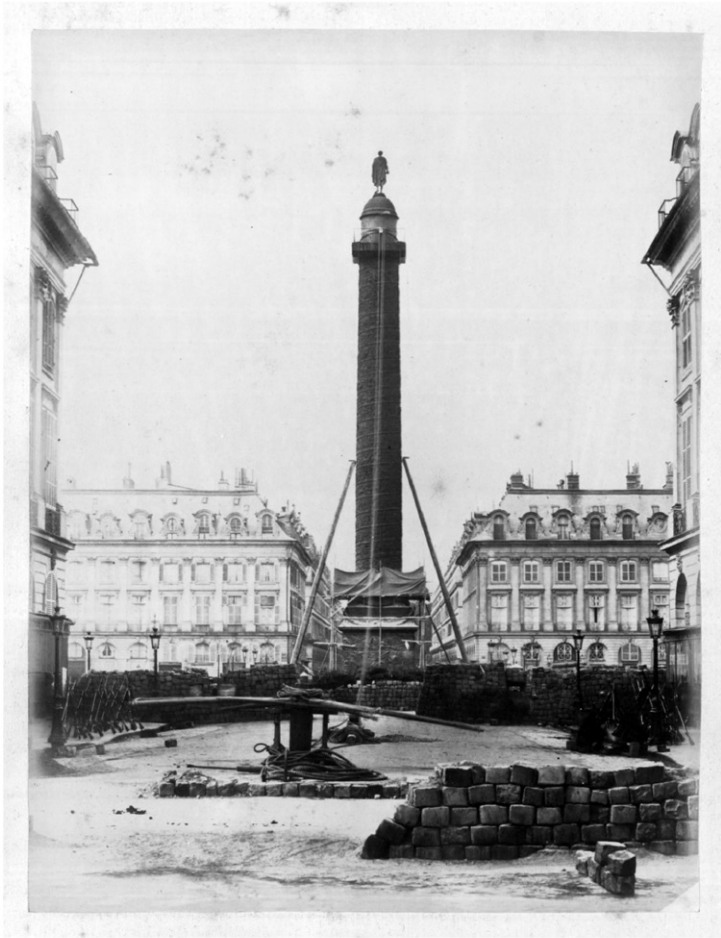
de energías que, dentro y fuera de Chile, insistieron en combatir contra la violencia instaurada en el país hasta lograr la derrota legal de la dictadura.

Lo que vino después en Chile, como en la España posfranquista, no respondió a las esperanzas de quienes más habían luchado, de quienes habían pagado el precio más alto por la legalidad reconquistada. Pero esa es otra historia que la *Araucaria* impresa en Madrid no pudo contar. O desenmascarar. Y además Carlos Orellana Riera murió en Viña del Mar en 2017. Por eso celebro la aparición de una *Araucaria* 2020 que ojalá retome con dignidad la tarea que la desaparición de su antecesora, y la de su magistral editor, interrumpieron.

Sassari, Italia, 6 de enero, 2021



Ruinas del Ministerio de Finanzas durante la Comuna de París, 1871.



Los obreros de París se preparan para derribar la Columna Vendôme.

## artículos

### *La Guerra Civil en Francia.*

Karl Marx

#### “Introducción” de 1891

FRIEDRICH ENGELS

El requerimiento para reeditar el manifiesto del Consejo General de la Internacional sobre *La guerra civil en Francia* y para escribir una introducción para él, me cogió desprevenido. Por eso sólo puedo tocar brevemente aquí los puntos más importantes.

Hago preceder al extenso trabajo arriba citado los dos manifiestos más cortos del Consejo General sobre la guerra franco-prusiana (\*). En primer lugar, porque en “La guerra civil” se hace referencia al segundo de estos dos manifiestos, que, a su vez, no puede ser completamente comprendido si no se conoce el primero. Pero además, porque estos dos manifiestos, escritos también por Marx, son, al igual que “La guerra civil”, ejemplos elocuentes de las dotes extraordinarias del autor –manifestadas por vez primera en “El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte” (\*\*)- para ver claramente el carácter, el alcance y las consecuencias inevitables de los grandes acontecimientos históricos, cuando éstos se desarrollan todavía ante nuestros ojos o acaban apenas de producirse. Y, finalmente, porque en Alemania estamos aun padeciendo las consecuencias de aquellos acontecimientos, tal como Marx los había pronosticado.

En el primer manifiesto se declaraba que si la guerra defensiva de Alemania contra Luis Bonaparte degeneraba en una guerra de conquista contra el pueblo francés revivirían con redoblada intensidad todas las desventuras que Alemania había experimentado después de la llamada guerra de liberación (3). ¿Acaso no ha sucedido así? ¿No hemos padecido otros veinte años de dominación bismarquiiana, con su ley de Excepción (4) y su batida antisocialista en lugar de las persecuciones de demagogos (5) con las mismas arbitrariedades policíacas y la misma, literalmente la misma, interpretación indignante de las leyes?

¿Y acaso no se ha cumplido al pie de la letra el pronóstico de que la anexión de Alsacia y Lorena “echaría a Francia en brazos de Rusia” y de que Alemania con esta anexión se convertiría abiertamente en un vasallo de Rusia o tendría, que prepararse, después de una breve tregua, para una nueva guerra, para “una guerra de razas, una guerra contra las razas eslava y latina coligadas”? (\*\*\*) ¿Acaso la anexión de las provincias francesas no ha echado a Francia en brazos de Rusia? ¿Acaso Bismarck no ha implorado en vano durante veinte años los favores del zar, y con servicios aún más bajos que aquellos con que la pequeña Prusia, cuando todavía no era la “primera potencia de Europa”, solía postrarse a los pies de la santa Rusia? ¿Y Acaso no pende constantemente sobre nuestras cabezas la espada de Damocles de otra guerra, que, al empezar, convertirá en humo de pajas todas las alianzas de los soberanos selladas por los protocolos, una guerra en la que lo único cierto es la absoluta incertidumbre de sus consecuencias; una guerra de razas que entregará a toda Europa a la obra devastadora de quince o veinte millones de hombres armados, y que si no ha comenzado ya a hacer estragos es simplemente porque hasta la más fuerte entre las grandes potencias militares tiembla ante la completa imposibilidad de prever su resultado final?



De aquí que estemos aún más obligados a poner al alcance de los obreros alemanes esta brillante prueba, hoy medio olvidada, de la profunda visión de la política internacional de la clase obrera en 1870.

Y lo que decimos de estos dos manifiestos también es aplicable a "La guerra civil en Francia". El 28 de mayo, los últimos luchadores de la Comuna sucumbían ante la superioridad de fuerzas del enemigo en las faldas de Belleville. Dos días después, el 30, Marx leía ya al Consejo General el texto del trabajo en que se esboza la significación histórica de la Comuna de París, en trazos breves y enérgicos, pero tan precisos y sobre todo tan exactos que no han sido nunca igualados en toda la enorme masa de escritos publicados sobre este tema.

Gracias al desarrollo económico y político de Francia desde 1789, la situación en París desde hace cincuenta años ha sido tal que no podía estallar en esta ciudad ninguna revolución que no asumiese en seguida un carácter proletario, es decir, sin que el proletariado, que había comprado la victoria con su sangre, presentase sus propias reivindicaciones después del triunfo conseguido. Estas reivindicaciones eran más o menos oscuras y hasta confusas, a tono en cada período con el grado de desarrollo de los obreros de París, pero se reducían siempre a la exigencia de abolir los antagonismos de clase entre capitalistas y obreros. A decir verdad, nadie sabía cómo se podía conseguir esto. Pero la reivindicación misma, por vaga que fuese la manera de formularla, encerraba ya una amenaza contra el orden social existente; los obreros que la mantenían estaban aún armados; por eso, el desarme de los obreros era el primer mandamiento de los burgueses que se hallaban al frente del Estado. De aquí que después de cada revolución ganada por los obreros se llevara a cabo una nueva lucha que acababa con la derrota de éstos.

Así sucedió por primera vez en 1848. Los burgueses liberales de la oposición parlamentaria celebraban banquetes abogando por una reforma electoral que había de garantizar

la dominación de su partido. Viéndose cada vez más obligados a apelar al pueblo en la lucha que sostenían contra el Gobierno, no tenían más remedio que tolerar que los sectores radicales y republicanos de la burguesía y de la pequeña burguesía tomaran poco a poco la delantera. Pero detrás de estos sectores estaban los obreros revolucionarios, que desde 1830 (6) habían adquirido mucha más independencia política de lo que los burgueses e incluso los republicanos se imaginaban. Al producirse la crisis entre el Gobierno y la oposición, los obreros comenzaron la lucha en las calles. Luis Felipe desapareció y con él la reforma electoral, viniendo a ocupar su puesto la república, y una república que los mismos obreros victoriosos calificaban de república "social". Nadie sabía a ciencia cierta, ni los mismos obreros, qué había que entender por república social. Pero los obreros tenían ahora armas y eran una fuerza dentro del Estado. Por eso, tan pronto como los republicanos burgueses, que empuñaban el timón del Gobierno, sintieron que pisaban terreno un poco más firme, su primera aspiración fue desarmar a los obreros. Para lograrlo se les empujó a la insurrección de junio de 1848 (7), por medio de una violación manifiesta de la palabra dada, lanzándoles un desafío descarado e intentando desterrar a los parados a una provincia lejana. El Gobierno había cuidado de asegurarse una aplastante superioridad de fuerzas. Después de cinco días de lucha heroica, los obreros sucumbieron. Y se produjo un baño en sangre con prisioneros indefensos como jamás se había visto en los días de las guerras civiles con que se inició la caída de la República Romana (8). Era la primera vez que la burguesía ponía de manifiesto a qué insensatas crueldades de venganza es capaz de acudir tan pronto como el proletariado se atreve a enfrentarse con ella, como clase aparte con intereses propios y propias reivindicaciones. Y, sin embargo, lo de 1848 no fue más que un juego de chicos, comparado con la furia de la burguesía en 1871.

El castigo no se hizo esperar. Si el proletariado no estaba todavía en condiciones de gobernar a Francia, la burguesía ya

no podía seguir gobernándola. Por lo menos en aquel momento, en que su mayoría era todavía de tendencia monárquica y se hallaba dividida en tres partidos dinásticos (9) y el cuarto republicano. Sus discordias intestinas permitieron al aventurero Luis Bonaparte apoderarse de todos los puestos de mando —ejército, policía, aparato administrativo— y hacer saltar, el 2 de diciembre de 1851 (10), el último baluarte de la burguesía: la Asamblea Nacional. Así comenzó el Segundo Imperio, la explotación de Francia por una cuadrilla de aventureros políticos y financieros, pero también, al mismo tiempo, un desarrollo industrial como jamás hubiera podido concebirse bajo el sistema mezquino y asustadizo de Luis Felipe, en que la dominación exclusiva se hallaba en manos de un pequeño sector de la gran burguesía. Luis Bonaparte quitó a los capitalistas el poder político con el pretexto de defender a los burgueses contra los obreros y, por otra parte, a éstos contra la burguesía; pero, a cambio de ello, su régimen estimuló la especulación y las actividades industriales; en una palabra, el auge y el enriquecimiento de toda la burguesía en proporciones hasta entonces desconocidas. Ciertamente es que fueron todavía mayores las proporciones en que se desarrollaron la corrupción y el robo en masa, que pululaban en torno a la Corte imperial y se llevaban buenos dividendos de este enriquecimiento.

Pero el segundo Imperio era la apelación al chovinismo francés, la reivindicación de las fronteras del Primer Imperio, perdidas en 1814, o al menos las de la Primera República (11). Era imposible que subsistiese a la larga un Imperio francés dentro de las fronteras de la antigua monarquía, más aún, dentro de las fronteras todavía más amputadas de 1815. Esto implicaba la necesidad de guerras accidentales y de ensanchar las fronteras. Pero no había zona de expansión que tanto deslumbrase la fantasía de los chovinistas franceses como las tierras alemanas de la orilla izquierda del Rin. Para ellos, una milla cuadrada en el Rin valía más que diez en los Alpes o en cualquier otro sitio. Proclamado el Segundo Imperio, la

reivindicación de la orilla izquierda del Rin fuese de una vez o por partes, era simplemente una cuestión de tiempo. Y el tiempo llegó con la guerra austro-prusiana de 1866. Defraudado en sus esperanzas de “compensaciones territoriales” por el engaño de Bismarck y por su propia política demasiado astuta y vacilante, a Napoleón no le quedaba ahora más salida que la guerra, que estalló en 1870 y le empujó primero a Sedán y después a Wilhelmshöhe (12).

La consecuencia inevitable fue la revolución de París del 4 de septiembre de 1870. El Imperio se derrumbó como un castillo de naipes y nuevamente fue proclamada la república. Pero el enemigo estaba a las puertas. Los ejércitos del Imperio estaban sitiados en Metz sin esperanza de salvación o prisioneros en Alemania. En esta situación angustiosa, el pueblo permitió a los diputados parisinos del antiguo Cuerpo Legislativo constituirse en un “Gobierno de la Defensa Nacional”. Estuvo tanto más dispuesto a acceder a esto, cuanto que, para los fines de la defensa, todos los parisinos capaces de empuñar las armas se habían enrolado en la Guardia Nacional y estaban armados, con lo cual los obreros representaban dentro de ella una gran mayoría. Pero el antagonismo entre el Gobierno, formado casi exclusivamente por los burgueses, y el proletariado en armas no tardó en estallar. El 31 de octubre los batallones obreros tomaron por asalto el Hôtel de Ville y capturaron a algunos miembros del Gobierno. Mediante una traición, la violación descarada por el Gobierno de su palabra y la intervención de algunos batallones pequeñoburgueses, se consiguió ponerlos nuevamente en libertad y, para no provocar el estallido de la guerra civil dentro de una ciudad sitiada por un ejército extranjero, se permitió seguir en funciones al Gobierno constituido.

Por fin, el 28 de enero de 1871, la ciudad de París, vencida por el hambre, capituló. Pero con honores sin precedente en la historia de las guerras. Los fuertes fueron rendidos, las murallas desarmadas, las armas de las tropas de línea y de la